Rebeldes y jueces en tiempos de jaurías

Gabriel Rafart

7 de octubre de 2012

El reclamo de efectivos de Gendarmería y Prefectura Naval fue la consecuencia de una incorrecta liquidación de sus salarios. Se convirtió en uno de los temas salientes de la semana.



 “El temor vende y los medios explotan eso”, dice Stephen Jiggins, quien fue director de Medios de la Policía Federal australiana hace una década. Jiggins hablaba de la elaboración mediática del miedo en la sociedad. Miedo a la inseguridad, a vivir, a los otros. Todo es miedo. De acuerdo a su experiencia, el australiano señalaba que pocos de sus connacionales tienen fe en lo que considera “medios demasiados concentrados en unos pocos corredores de bolsa corporativos”. Aun con ello en el mundo anglosajón se sigue aceptando el modelo del “perro guardián” para pensar los medios. La presencia de ese tipo de can supone una única escala de valor y motivación: las razones más puras de la independencia, para los medios no hay influencias de ningún orden. Como esta es una visión ingenua y lejana de la realidad cuentan otras perspectivas. Está aquella que remite a la jauría ladradora. Aquí los perros operan de carroñeros y asumen la mentalidad de manada. Son guiados por un animal mayor, motivado en la conservación de intereses poderosos. La Argentina de hoy vive la hora de la jauría. Será así por mucho tiempo, sobre todo hasta los primeros días de diciembre. En la semana la jauría se presentó en dos ocasiones.

Mediodía del miércoles pasado: todo apuntaba a una jornada en que las imágenes y el consecuente mal recuerdo de una democracia entrecortada volvía al país. Un desaguisado administrativo generó la rebelión de los prefectos. Inmediatamente se acopló un nutrido contingente de gendarmes nacionales. El rápido reflejo del Gobierno puso las cosas en su lugar, dando marcha atrás a un decreto, tanto mal ejecutado como muy mal concebido. Con esa acción urgente se daba cuenta que el acto administrativo del ministerio del área y consecuente rúbrica presidencial había sido un error. En otros tiempos -aún para este gobierno- a fin de eludir responsabilidades y reducir los costos políticos se dejaban las cosas como estaban, para luego silenciosamente revisar lo actuado. Algo de eso ocurrió a principio de año cuando el Gobierno planteó aplicar la “sintonía fina” en la cuestión de los subsidios.

Lo cierto es que a pesar de la actuación gubernamental la protesta siguió, con nuevas exigencias. A las 20 horas de iniciada la rebelión un enviado presidencial tomaba apunte del petitorio, poniendo un límite aceptable: el martes habría respuesta. A pesar de ello gendarmes y prefectos seguían en su lugar. Todo apuntaba entonces a un prolongado e intenso fin de semana, asimilable al que se vivió en una semana santa de hace 25 años. Los actores no eran equivalentes y el tiempo tampoco. Los de hace un cuarto de siglo se acuartelaron para eludir los tribunales civiles en los crímenes de sus cuadros durante la dictadura. Estos otros son muchachos, hombres y mujeres, que pertenecen al tiempo de la democracia y están mal pagos. No tienen el reflejo ni la cultura de los golpistas de antaño. Tampoco la práctica de la representación y por ende del demandante. Viven la obediencia. Se expusieron como aprendices que ven la protesta social de manera intensa, de movilización horizontal y sin  mediaciones. Fueron los medios quienes oficiaron de representantes.

Aún así, mientras los actores de la democracia, especialmente la mayor parte del mundo político, exigían encauzar institucionalmente el conflicto que partía de un justo reclamo, otros trataron de amplificar las voces reales o virtuales de estamentos que portan armas, tanto policiales como militares. Hubo momentos en que varios medios trasformaron rumores en información. Una práctica que cada vez resulta menos sujeta a las reglas del oficio profesional. Que la Armada se había sumado, que tal guarnición del Ejercito en San Juan estaba acuartelándose, que la bonaerense y el servicio penitenciario provincial tenía su propio petitorio, que la Federal estaba cerca de los demandantes, etc. Por supuesto que los dirigentes de la protesta buscaron solidaridades entre otras fuerzas que sin duda enfrentan similares problemas. Pasado el viernes, la cuestión se desinfló o en todo caso hubo un retroceso en la potencia de la protesta, aunque no perdió visibilidad. Al sábado las imágenes que se exponen son las mismas del primer día de enojo de los uniformados. Los medios tienen algo más que una guardia de cámaras y noteros en las escalinatas del edificio Centinela, igual que en el Guardacosta de los Prefectos.  Tienen una línea editorial destinada a mantener vivo el conflicto. Sus portales de noticias repiten “se aleja el acuerdo”, “ordenaron reprimir”, “el Gobierno no dio ninguna respuesta a las exigencias”, “otras policías se sumarían”, etc. La primera fórmula se aplica sin destacar que el martes aún no ha llegado. Aquí muchos medios están trabajando como una jauría ladradora.

Mientras tanto el Gobierno analiza los puntos del petitorio. Como bien entiende algo más que toda “razón de Estado”, ni el gobierno de hoy ni el de mañana está en condiciones de cumplir la totalidad de las demandas. El maximalismo de lo rebeldes carece de futuro. Eso lo saben y si no lo saben, tendrán que entenderlo. El martes se verá hasta que punto la protesta es de corte reivindicativa o tomara otro vuelo. La escala salarial que exigen supone sueldos adecuados para los recién llegados a ambas fuerzas pero astronómicos para todos los demás grados. Por otro lado, la disciplina se resquebrajó y será irreversiblemente recobrada. Así será porque el mundo que les toca ha sido militarizado hace tiempo. Por supuesto que siempre se está a tiempo de pensar alguna fórmula que dé visibilidad a las demandas de los rebeldes del presente y del futuro. Entre muchos cuadros del Ministerio de Defensa hay una opinión favorable para hallar una figura de nuevo tipo que este a medio camino entre la sindicalización y el ombusman para cada una de las fuerzas de seguridad. Este camino tendrá efecto dominó en las restantes policiales territoriales.

Esa misma jauría se lanzó sobre el territorio de los jueces. Vale lo sucedido frente a la vacante generada hace tres años por la renuncia de un juez que antes de retirarse operó a la medida de las exigencias del grupo Clarín. Aquí todo es más que ladridos, porque está en juego un emporio que a través de sus medios trabaja como empresario en riesgo de perder sus negocios. Todo arrancó con la denuncia de una maniobra mal habida en un procedimiento normal para la designación de un juez. El trámite normal estaba en manos del Concejo de la Magistratura hace ya tiempo. Este tenía en vista la selección por concurso de la terna de jueces que aspiraban a ocupar el juzgado federal vacante desde la jubilación de Edmundo Carbone, el juez que había impuesto una medida cautelar a favor de "Clarín" por el artículo 161 de la nueva ley de medios. Aquí la jauría se olvida de la falta de autonomía de uno de los actores comprometidos en este proceso, especialmente sobre el concejero radical Ricardo Recondo. ¿Cómo es que pocos reparan en su biografía pasada y presente, en sus credenciales más políticas partidarias que profesionales?

Finalmente otro tipo de jauría sigue haciendo de las suyas. Está suelta y avanza con algo más que ladridos. Es la misma jauría criminal que ocasionó la muerte de Mariano Ferreyra.